

RETROSPECTIVO

Exploración de la Sima de Aitzbelz

(JUNIO 1955)

AITZ-BELZ. Peña negra. Conócese con ese nombre una montaña de Mendaro, en la que hay una sima de profundidad desconocida, por lo que cree el vulgo que termina en el infierno.

*(Tradiciones Vasco-Cántabras, por Juan V. Araquistain
Año 1866.)*

EN el crepúsculo matutino del 24 de junio, una colcha de nubes invade los angostos valles de la cuenca del Deva. En el ceniciento firmamento las estrellas han apagado su luminoso centelleo, montañas predominantes de verdor circundan el lago algodonoso bañado por la tenue luz de la aurora, mientras en el vecino bosque se oyen dialogar con sus trinos a los pájaros en su indescifrable pero seductor idioma musical, notificando los presagios de un buen día, radiante de sol, del que yo no podré gozar, porque mi misión está en otro lugar.

En tanto, junto a la profunda sima, con su vertical de 187 metros, según sondeo, un puñado de hombres verificábamos algunos materiales de exploración subterránea, mientras Mendivil practica la misma operación en el torno movido a pedal que quedó instalado la víspera.

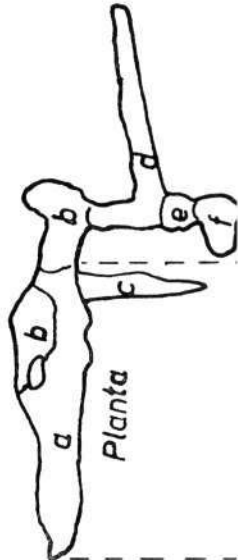
Seguidamente de dirigir Leibar (jefe de la expedición) algunas palabras a los 14 miembros allí presentes, Arcaute se dedica a ayudarme en la colocación del arnés, de cuya percha me cuelgan después, al borde de la sima, una bobina con cable de teléfono y una mochila petate con el material y vituallas más indispensables. Viendo a todos mis compañeros pendientes de mis movimientos, a las 7,45 horas, el torno mecánico, bajo la dirección de Mendivil, entra en funciones. Me suspendo en el vacío tenebroso y a pocos segundos tengo sobre mí un círculo de luz como techo; a pesar de que mi lámpara me alumbraba bien, han de pasar algunos minutos para que la vista se habitúe a la

AIZBELTZ'EKO LEIZIA

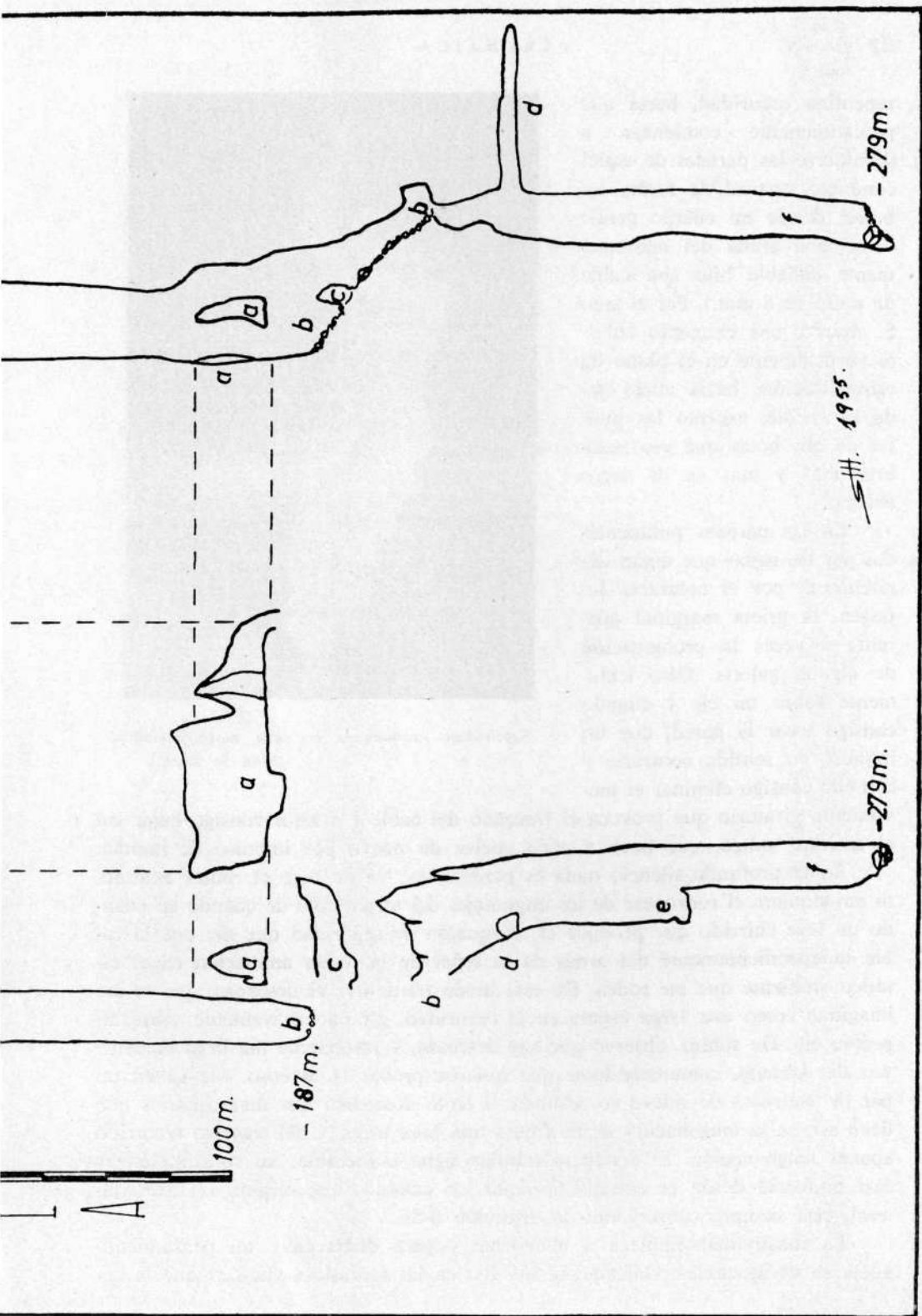
MENDARO - ELGOIBAR (Gipuzkoa)

EW

NS



E S C A



repentina oscuridad, hasta que paulatinamente comienzan a iluminarse las paredes de aquel conducto vertical de forma tubular, donde mi cuerpo pende como una araña del aparentemente endeble hilo (un cable de acero de 8 mm.). Por el lado S. observo una chimenea abierta verticalmente en el plano de estratificación; hacia abajo nada es visible, excepto las puntas de mis botas que veo zozobrar más y más en el negro abismo.

En las paredes pulimentadas por las aguas que algún día circularon por el conducto hipogeo, la grieta marginal aparenta a veces la prolongación de alguna galería. Giro lentamente sobre mi eje y cuando consigo tocar la pared, doy un impulso en sentido contrario y con ello consigo eliminar el mo-

vimiento giratorio que provoca el trenzado del cable y a ratos consigo bajar sin el molesto volteo, que poco a poco vuelve de nuevo por impulso de inercia.

En el profundo silencio nada es perceptible. Ya no oigo el rumor externo, ni tan siquiera el ronronear de los engranajes del torno; sólo de cuando en cuando un leve chirrido que produce el mosquetón de seguridad que me une al cable independientemente del arnés da la señal de la únda animación en el estático ambiente que me rodea. De este modo transcurre el descenso, que se me imaginan como una larga espera en la oscuridad, girando suavemente sobre mi propio eje. De súbito, observo que soy detenido, y justamente me llega la tenue voz de Arcaute, comunicándome que quieren probar el ascenso. Me suben un par de metros y de nuevo se reanuda el lento descenso. Los diez minutos que llevo así, en la imaginación se me figura una hora larga, y del trayecto recorrido apenas tengo noción. El conducto tubular sigue inalterable: su constitución es casi uniforme desde la entrada, excepto los cambios que origina la fisura lateral, casi siempre conservando la dirección S-SE.

La inactividad empieza a aburrirme y para distracción, mi pensamiento vuela en divagaciones. Únicamente me fijo en las fantasiosas figuras que la dé-



Espeleólogo ascendiendo por una escala metálica.
(Foto S. Koch.)

bil luz de mi lámpara frontal va dibujando en las paredes, sombras reflejadas por el fuego, seres que parecen animados y que se me imaginan como a brujas bailando el *akelarre*.

Al cabo de un rato largo percibo el sonido del gotear. Debo estar próximo al fondo, aunque nada veo hacia abajo...; he parado; permanezco algunos segundos sin comprender el porqué. Doy la señal de bajada, con el silbato, y voy de nuevo hacia el fondo. Como luego me explicaron, deseaban comprobar si la acústica era buena.

Se abre ante mí, en dirección N-NW una galería con la bóveda ornamentada de estalactitas. Al cabo de unos metros tomo tierra sobre un cono de derrubios. «¡Por fin, he llegado!», fue lo que transmití al exterior en clave de silbidos que utilizamos en nuestras exploraciones espeológicas. Un cuarto de hora escaso duró el descenso.

Echo una ojeada alrededor para hacerme cargo del lugar que pisaba: el cono de derrubios, con una inclinación de 37° en dirección sur descende hasta perderse de vista; a 10 metros veo una bifurcación hacia la derecha del citado cono; al norte tengo una pared de conglomerado compuesto de arcillas y cantos angulosos y 8 metros más arriba se abre una estrecha galería; al W un trecho de pared rocosa y luego un conglomerado análogo al anterior y a unos 7 u 8 metros de altura una galería con aspecto que promete continuidad que, como luego comprobaremos, comunica con la del norte antes aludida; al este una lisa pared de roca pulida; elevo la vista por ella y veo el agujero de la luz externa.

Estoy dentro de una falla, sobre un relleno; el cono o planta donde me hallo, en un principio debía estar al nivel de las galerías que contemplo más arriba, probablemente antes de que se formara el cono de derrubios. ¿O tal vez fue la formación de éste, por su peso, lo que originó el hundimiento de aquélla?

Sin perder más tiempo en observaciones, debo establecer contacto telefónico con la superficie, donde estarán impacientes por conocer mis noticias. Para ello, recojo el extremo del hilo, que la víspera colgamos desde fuera con unas pesas. En el conglomerado del oeste sobresale un techo de estalagmitas que viene a ser la planta de la galería alta, y me sitúo bajo ella, en busca de protección de las posibles piedras que pueden desprenderse en próximos descensos. Instalo el teléfono que he traído conmigo en el saco, para notificar mi feliz descenso y la continuación de la sima.

Antes de que otro emprenda la bajada, quiero hacer una exploración preliminar. Quito el arnés y bajo con mucha precaución por el cono de derrubios. Con la peculiar prudencia que nos dicta la soledad, primero penetro por la galería que se desvía en dirección W-SW; está toda ella recubierta de costra estalagmítica, tiene 3 metros de ancho por 5 de alto, y tras un resalte de 2 m. termina a los 17 metros en una colada que cuelga desde el techo.

Vuelvo al cono de derrubios y continúo bajando. A pocos metros las piedras que muevo con las pisadas ruedan por una sima contigua; a los 18 metros

termina el cono; al extremo oeste, junto a unas inestables rocas está la sima. Considero imprudente acercarme a ella en solitario a través de este caos desmoronado, sin medios de seguridad. Esto me impide el sondeo, pero lanzo una piedra por la que calculo 50 ó 60 metros de profundidad; satisfecho de mi cometido, vuelvo a subir al cono. Comunico al exterior el resultado de la pequeña exploración y ordeno subir el cable para que descienda Hospitaler. Amarro el extremo del hilo telefónico a él, y sigo desenrollando la bobina, conectando el extremo opuesto con mi teléfono para que al bajar el segundo pueda comunicarse conmigo y con la superficie.

A las 10,50 Hospitaler está junto a mí. El sistema telefónico ha funcionado perfectamente pero la tarea de enrollar el hilo ha sido labor ingrata a causa de la bobina improvisada para tal efecto.

Convencidos de que hemos de hacer por lo menos un vivac, solicitamos la bajada de uno más para atender a las faenas del camping. Desciende Maiza, al que mandamos detener cuando le faltaban unos 10 metros para tocar suelo, donde no hay lugar confortable para la instalación de la tienda, y hemos de buscar en las galerías que se divisan sobre nosotros. Pero al ser inaccesibles las paredes, con los medios que disponemos, se nos ocurre la idea de alcanzarlas mediante péndulos del cable. Estos resultan muy espectaculares, y Maiza, siguiendo nuestras instrucciones, consigue alcanzar las mencionadas galerías, después de varios intentos y tras una excelente maniobra realizada por él. Luego, desde arriba, nos tiende una escala que ha sujetado a un anillo de cuerda que a su vez rodea un enorme bloque de piedra. Subo por ella; después con una cuerda voy izando el material, menos el de exploración, y por último sube Hospitaler. Instalamos el teléfono en este lugar. Reconocemos la galería: por el oeste, a los 12 metros, nos intercepta el paso una falla o hundimiento de suelo de relleno. Viendo que al otro lado continúa la galería, dejamos para más adelante su exploración. Por el sur, a muy pocos metros, una sima corta brusca-mente la planta, conectando también con el cono de derrubios, en las proximidades de la segunda sima grande del conducto general; es decir, en la parte baja del citado cono.

Elegimos el sitio para vivaquear y nos ponemos a avituallarnos a las 15 horas.

A las 16,30 Arcaute inicia su descenso. Cada 20 metros tiene la consigna de parar y transmitir al exterior las observaciones: rumbos magnéticos de planos de estratificación y diaclasas, temperatura, humedad, etc. Por eso su descenso es lentísimo y hemos de actuar sin esperarle. Maiza atenderá a la bobina y al contacto telefónico con Arcaute y la superficie. Hospitaler y yo vamos a preparar el descenso por la segunda sima. Bajamos por la escala al cono e imprudentemente, por curiosidad cómo y por dónde llega Arcaute, me pongo en la base del tubo, a posibles tiros de piedra. En esto, oigo el zumbido de algo que cae: velozmente doy un salto para refugiarme junto a la pared y justamente me

libro de ser alcanzado por el objeto desprendido que rueda con sonido metálico por la inclinación del cono. Dedicado a su búsqueda, consigo localizar la brújula de Arcaute, que gracias a la funda de cuero no ha sufrido grandes averías.

Transportamos el material al borde inferior del cono y preparamos el descenso, no sin antes barrer las proximidades, en lo que pudimos, de las piedras que amenazan caer. Como es imposible arrojar todas (hay toneladas) nos conformamos con despachar las que más peligran de desprenderse.

Los primeros metros de la sima son inclinados y las escalas no se deslizan. Hospitaler me asegura con la cuerda y voy tendiéndolas al mismo tiempo que barro los pequeños salientes donde se acumulan piedras, operación que realizo

según voy descendiendo. A pesar de todas las precauciones es imposible evitar los desprendimientos que origina la cuerda al deslizarse, haciendo sumamente peligrosa la bajada. El suelo de la misma entrada lo constituyen grandes bloques en equilibrio. Los derrubios inferiores, sin embargo, están ya cementados por la costra estalagmítica.

Bajo la amenaza de la lluvia de piedras, pues pequeñas piedras caen constantemente, voy descendiendo muy despacio. A los 20 metros alcanzo la vertical absoluta y una vez bajado un par de metros me sitúo fuera de los tiros de las piedras, que a veces son pequeñas avalanchas. Ahora pasan silbando por mi espalda, al salir impulsados tras la pendiente.

Continúo mi descenso con más tranquilidad, en contacto con una pared de donde brota un manantial que vierte sus aguas a un pozo que empiezo a vislumbrar muy abajo. Hospitaler me comunica que la cuerda se acaba. Faltan cuatro metros para el pozo y decididamente bajo prescindiendo de la cuerda de seguridad.

Más allá, la sima continúa, pues ahora las piedras caen por ella a gran velocidad. A los 38 metros de profundidad alcanzo el pozo. Me encuentro sobre un fenómeno de sedimentación fluvioacustre reciente, de 5 metros de diámetro con umbral rocoso; el relleno es de arcillas y guijarros y las aguas, actualmente



En el fondo de la sima. — (Foto S. Koch.)

de muy poca profundidad, ocupan la mitad de la planta. Primitivamente el umbral retenía las aguas metro y medio más alto. Hoy, como muestra de lo que fue, queda una pequeña cornisa estalagmítica que ribetea la pared diametralmente; es un gours, que atestigua el nivel primitivo, pero la acción de las aguas erosionó el umbral para abrir una fisura que había de rebajar hasta el nivel actual.

Sondeo por el borde del umbral y resultan 24 metros de profundidad. Solicito el descenso de uno con más material, pues para continuar la bajada he de exponerme al área de caídas de piedras. Son los movimientos de la cuerda de seguridad los que hacen caer más piedras. Esta vez el peligro se agrava por la profundidad de la sima. Por ello juzgamos conveniente el descenso de otro explorador hasta donde yo me encuentro, puesto que así éste quedaría expuesto tan sólo al riesgo de los 20 primeros metros, y luego, asegurándome desde este lugar evitaríamos el deslizamiento de la cuerda en el plano inclinado de la parte alta y con ello los temibles desprendimientos.

Arcaute, que hace tiempo que aterrizó en el fondo de la primera vertical y ha ayudado a Maiza en la instalación del camping, ha llegado con material junto a Hospitaler, pero él es partidario, por lo avanzado de la hora, de dejar por hoy la exploración, para continuar mañana. Insisto en tocar el próximo fondo que acabo de sondear, que muy probablemente puede ser el punto final. Evitando así el volver a arriesgarnos en una sima tan repelente como ésta. Por fin, mis argumentos convencen a Arcaute, que baja trayendo más escalas y 20 metros de cuerda. Esta vez también faltarán cuatro metros para llegar al fondo.

Colgamos las escalas y comienzo a descender. A las 21,30 horas toco el fondo. Desde la base del terminal de la escala, bajo 8 metros por un plano inclinado, más por un caos de bloques mezclados con arcilla, que han originado el entaponamiento de la sima. En lo más bajo, arrojo piedras por algunos estrechos orificios, pero apenas sí corren un par de metros. En vista de la imposibilidad de forzar el tapón, allí, a —278 metros, empiezo a topografiar en planta y corte.

Asido a la escala, peldaño tras peldaño, asciendo para reunirme en el llano lacustre con Arcaute. Este me felicita por haber batido el record de descenso de España. Cosa que no estaba en mi ánimo, y a lo que doy poca importancia, porque un record de descenso vertical, además de alejarnos de nuestro propósito de exploración, debe ser considerado como un hecho fortuito en descensos subterráneos, pues si otros exploradores no han llegado a profundidades mayores no ha sido debido a su falta de preparación sino a no haber encontrado sima tan profunda. En consecuencia, me permito recomendar a todo espeleólogo, que destierre la idea de ese carácter de competición, que, a fin de cuentas, a nada fundamental nos conduce.

Tras recoger el material tendido, inicio el primero la subida hacia la boca del cono; un poco más arriba de donde converge la declinación con la vertical

observo una galería a la derecha; cuando sube Arcaute ambos nos dirigimos a dicha galería, que tiene 26 metros de profundidad horizontal, con 2 metros de alto y 3 de ancho en su parte inicial, para ir cerrándose paulatinamente; la planta cubierta de arcillas rojizas con barbas, está tapizada con una ligera placa de estalagmita que se quiebra al hollarla.

Bajo la incesante lluvia de piedras subimos a unirnos con Hospitaler. Recogiendo y enrollando el material, vuelan las horas, y cuando acabamos de ascender por el cono y la escala que da acceso a la galería superior para llegar al emplazamiento del camping, son ya las 24 horas. Cena ligera, leche caliente, preparativos individuales de vivac y al cabo de hora y media nos acostamos.

Sumido en profundo sueño, gracias al colchón neumático, he descansado perfectamente. Al despertarnos, nace para nosotros un día sin amanecer; por el reloj sabemos que son las ocho de la mañana. Arcaute está fuera de la tienda. El ronroneo del infiernillo nos dice que está, sin duda, preparando el desayuno. Nosotros, más perezosos, sentimos pena por abandonar la agradable temperatura del saco de dormir. Afuera se registran 10° sobre cero.

Suena el teléfono y desde el exterior nos avisan que están listos, a nuestra disposición.

El día lo dedicamos a levantar el plano. Labor que se puede llevar a cabo entre dos. El repórter gráfico Koch bajará a captar con su objetivo vistas del interior. Con el fin de evitar un ascenso inútil de cable en vacío, debe subir uno que a la vez transportará algunos materiales, ya innecesarios. Acordamos que sea Maiza. Hospitaler me acompañará en la labor topográfica y Arcaute y Koch harán de fotógrafos.

A las 10,30, Maiza efectúa el despegue desde la cabecera del cono de derrubios. Arcaute, inquieto y laborioso como siempre, se dedica a recoger, ordenar y colocar en sacos los materiales que no hemos de usar; Hospitaler y yo bajamos hasta el fondo de los derrubios para topografiarlo, junto con la bifurcación que origina la pequeña galería recubierta de concreciones. Estamos terminando nuestra labor en esta planta inferior cuando se acerca Koch. Desde la planta superior, Arcaute, obtiene una primera instantánea del fotógrafo, que cuelga en el tubo como una araña. Le ayudamos en su aterrizaje, y los tres subimos a la planta alta, a reunirnos junto al camping con Arcaute. Koch ha bajado las tres cantimploras llenas de agua, conforme le habíamos solicitado, ya que la falta de este líquido era uno de nuestros problemas. Al abrir los sacos... ¡sorpresa! una botella de cerveza, de la que damos cuenta en un santiamén.

Con la llegada del fotógrafo comienza el relampagueo; los resplandores del magnesio y del flash surgen por doquier. Mientras los dos se ocupan en sus menesteres de fotógrafo, prosigo con Hospitaler las mediciones de la planta superior. Está orientada, en términos generales, de Norte a Sur, con un desarrollo total de 37 metros de longitud, y constituye la mayor de las galerías de esta sima. Por el Sur, como ya hemos dicho, una sima le enlaza con la galería

inferior a la altura de su parte más baja; a los cinco metros hacia el Norte empieza la otra sima, por el lado Este, abierta por una falla donde tenemos instalada la escala que nos comunica con la galería inferior en la parte más alta del cono de derrubios. La sima es de forma ovalada, tiene nueve metros de largo y seis en la parte más ancha. El techo oscila entre los seis y once metros. Luego viene la columna rocosa de cuatro metros de largo, a cuya altura se rebaja el techo hasta los cinco metros y fue el punto indicado para el vivac. Por la derecha, rodeando la columna, se sale a la estrecha galería situada a la parte Norte por encima de la cabecera del cono de derrubios. A los seis metros del vivac y 22 metros del comienzo de la galería, se encuentra la falla que tiene una profundidad de tres metros y medio y siete de largo, de labio a labio, ocupando los cinco de anchura que en este lugar tiene la galería, Por el otro lado de la falla se prolonga la galería y bajamos al hundimiento auxiliados por una cuerda, en «rappel (sistema de descenso utilizado en alpinismo), para proseguir la exploración.

El relleno periódico de esta planta ha determinado estratos completamente horizontales que tienen por regla general unos 10 centímetros de espesor y están constituidos por arcillas rojas con barbas, careciendo absolutamente de cantos.

Escalada la falla por el lado opuesto, a los ocho metros termina la galería, al juntarse las paredes en cuña. A la derecha queda otra pequeña falla con las mismas características que la anterior. Toda esta planta de la galería superior está constituida por el mismo relleno observado, al par de la gran vertical junto al cono de derrubios es donde únicamente aparece la estractigrafía con conglomerado (tipo brecha), al parecer ocasionado por los desprendimientos del tubo vertical. No se ha observado ningún canto rodado y probablemente el depósito es posterior al período de gran circulación de aguas.

Terminado nuestro trabajo, ayudamos al fotógrafo en las descargas de magnesio para obtener algunas fotos artísticas y, envueltos en densa humareda, damos por terminada nuestra labor subterránea.

Después de avituallarnos, preparamos los ascensos. A las 15,32 despegamos Koch pertrechado al máximo y con el peso irregularmente repartido, lo que le origina un movimiento elíptico; mientras va subiendo desmontamos la tienda, y con una cuerda vamos depositando en la planta baja todo el material. Llegamos al extremo del cable. Hospitaler, que está preparado, engancha la percha de su arnés en el mosquetón y, cargado también hasta el máximo, ordenamos sea izado.

Por fin, después de treinta y tres horas y media, tengo un rato libre en tanto regresa el cable. Me recreo en cazar insectos para su estudio entomológico; sólo consigo recoger colémbolos, si bien consigo ver algunos miriápodos y un coleóptero, sin poder atraparlos entre los huecos del pedregal. El último, por su gran amaño y su color oscuro, casi negro, debió ser habitante del exterior.

Esta dedicación, como tantas otras dedicaciones, se apodera de uno de manera tan atrayente, que cuando más entusiasmado me hallo en mis labores cinegéticas, me interrumpe la llegada del cable. Con las muestras recogidas puedo al menos satisfacer a Léibar, que insistentemente nos solicita este material para la sección de Entomología de la Sociedad de Ciencias Naturales «Aranzadi».

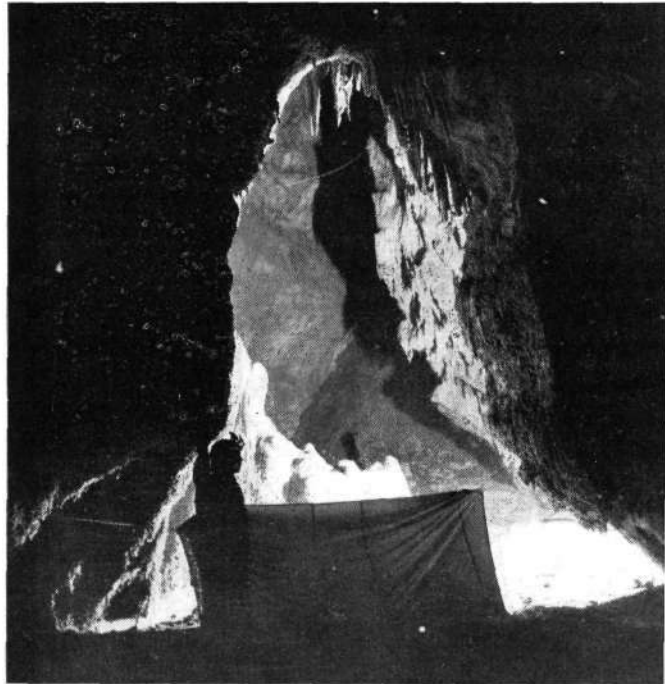
Para la retirada de la escala, cuerda y anillo de fijación de la galería alta es preciso que uno se despegue desde allá. Subo por la escala con el arnés puesto y después que envío a Arcaute, auxiliado con la cuerda, todo cuanto quedaba, éste ata el extremo de la cuerda a la punta del cable, al cual me amarro una vez recuperado. Ordenamos la subida del cable y salgo penduleando de la galería. Luego solicito descenso del cable para cargar algunos materiales a la percha, cuyo peso queda independientemente del cuerpo del explorador de turno. Por último pierdo tierra y soy izado verticalmente rumbo al ojo de luz exterior.

El proceso es lento, pero seguro, y el arnés consiste en un cómodo sillón. Pierdo de vista a Arcaute, que se me oculta en tinieblas. Pero seguimos dialogando hasta que su voz se hace confusa. Luego me pongo a meditar sobre detalles vividos durante la exploración y el éxito obtenido. Lentamente me invade una alegría interna que me pone a cantar. Hasta que Chinchurreta me interrumpe cuando ya faltaba poco para la superficie, a la que llego a las 20,24 horas, en las últimas luces del crepúsculo vespertino. Invertiendo 29 minutos en el ascenso.

Los infatigables ciclistas, hombres entregados desinteresadamente a colaborar por el éxito de la empresa, siguen el incesante pedaleo para accionar el torno. Arcaute, el último en salir, llega a la superficie a las 21,42 horas para dar fin a esta brillante jornada de exploración.

Junio, 1955.

JUAN SAN MARTIN.



Camping en la sima de Aizbeltz. — (Foto S. Koch.)